

LA CASA DE LOS OTROS

MARIAM PETROSJAN

LA CASA
DE LOS OTROS

Traducción de Xenia Dyakonova



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Dom B Katoram*

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: mayo de 2015

© Mariam Petrosjan, 2009

Published by arrangement with Elkost Intl. Literary Agency

© de la traducción: Xenia Dyakonova, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Publicado con la subvención del Instituto para la Traducción Literaria, Rusia



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1235-5

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 10081-2015

Impreso en España

LIBRO PRIMERO
El Fumador

La Casa está en las afueras de la ciudad. En un lugar llamado El Peine. Los edificios altos y prolongados se disponen aquí en líneas dentadas, con pequeñas plazas soladas de hormigón, cuadradas e intercaladas: espacios preparados para la diversión y el esparcimiento de los jóvenes de El Peine. Las púas son blancas, llenas de ojos y parecidas entre sí. Allí donde no han crecido aún, hay solares vacíos rodeados de vallas. Los restos de las casas derruidas, las madrigueras de las ratas y de los perros callejeros son mucho más interesantes para los jóvenes de El Peine que sus propias plazuelas, los intervalos entre púas.

En un territorio neutral entre los dos mundos –el de las púas y el de los solares– está la Casa. La llaman La Gris. Es un edificio viejo y de una época más cercana a los solares, a las sepulturas de sus coetáneos. Es solitario, los otros edificios se apartan de él, y no se parece a una púa porque no se iza hacia lo alto. Tiene tres plantas. La fachada que da a la carretera también tiene un patio: un rectángulo largo cercado por una red. En tiempos de color blanco. Ahora es gris por su parte delantera y de color amarillo por su cara interior, la del patio. Se muestra erizado de antenas y cables, sus paredes de yeso, desconchadas y deslucidas y sus rendijas lloran. Se adosan a él garajes y anexos, contenedores de basura y casetas para perros. Todo ello por el lado del patio. La fachada principal se muestra desnuda y sombría, como tiene que ser.

La Casa Gris desagrada y repele. Nadie lo dice en voz alta, pero los habitantes de El Peine preferirían no tenerla cerca. Es más, desearían que no existiera.

El Fumador

Algunas ventajas del calzado deportivo

Todo empezó con unas bambas rojas. Las encontré en el fondo de una bolsa. Una bolsa para guardar efectos personales; así se llama. Sólo que dentro no hay efectos personales. Un par de toallas de lienzo acartonado, un montón de pañuelos de bolsillo y ropa interior sucia y maloliente. Objetos y enseres uniformes. Todas las bolsas, las toallas, los pañuelos y las mudas son idénticos, para que nadie se sienta ofendido.

Las bambas, las encontré por casualidad, y hacía mucho que me había olvidado de ellas. Se trataba de un viejo regalo, no recuerdo de quién, correspondiente a una vida pasada. De un rojo vivo, empaquetado con un envoltorio brillante, destacaba una suela de rayas, que recordaba a un caramelo. Rasgué el paquete, acaricié los cordones rojo fuego y los cambié por mis zapatos rápidamente. Mis pies adquirieron un aspecto extraño, como si de repente estuvieran preparados para caminar. Había olvidado que mis pies podían ser así.

Ese mismo día después de clase, el Yinn me llamó para comentarme que no le gustaba mi comportamiento. Señaló mis bambas y ordenó que me las quitara. No era conveniente preguntar la razón, pero aun así lo hice.

–Llaman la atención –contestó.

Para Yinn semejante explicación era normal.

–Bueno, ¿y qué? –pregunté–. Pues que llamen la atención.

No respondió. Se ajustó el cordón de las gafas, sonrió y se fue. Por la tarde recibí una nota con tan sólo dos palabras: «Discusión bambas». Y entendí que me habían pillado.

Mientras me afeitaba la débil barba de las mejillas, accidentalmente se rompió el vaso de los cepillos de dientes y me corté con un cristal. La imagen que me miraba desde el espejo parecía

mortalmente asustada, pero en realidad apenas tenía miedo. Es decir, sentía pánico, pero a la vez me daba lo mismo. Ni siquiera me quité las bambas.

La reunión tuvo lugar en clase. En la pizarra estaba escrito: «Discusión bambas». Una payasada y un desatino, aunque estaba harto de esos juegos de los participantes listillos y hasta de aquel sitio. Cansado hasta el punto que casi había perdido la capacidad de reír.

Me obligaron a sentarme al lado de la pizarra para que todos pudieran ver el objeto de la discusión. A la izquierda, detrás de la mesa sin dejar de chupar el bolígrafo, estaba sentado el Yinn. A la derecha, el Ballena Luenga hacía rodar una canica por los pasadizos de un laberinto de plástico. El ruido provocó que los demás lo mirasen con desaprobación.

—¿Quién quiere decir algo? —preguntó el Yinn.

Muchos querían hablar. Casi todos. Para empezar le dieron la palabra al Alimoche. Seguramente, para quitárselo de encima cuanto antes.

Resultó que todo el que intenta llamar la atención se convierte en un engreído y un malvado, capaz de cualquier cosa, y se siente importante cuando en realidad es un cero a la izquierda. Un cuervo con plumas de pavo real. O algo por el estilo. El Alimoche recitó la fábula del cuervo. Luego la poesía del asno que se ahogó en un lago debido a su propia estupidez. Más tarde quiso cantar una canción sobre el mismo tema, pero ya nadie lo escuchaba. El Alimoche hinchó los carrillos, se echó a llorar y después se quedó callado. Le dieron las gracias, le dejaron un pañuelo, lo taparon con el libro de texto y pasaron la palabra al Gul.

El Gul hablaba de manera casi inaudible, sin levantar la cabeza, como si estuviera leyendo un texto escrito sobre la superficie de la mesa, a pesar de que allí no había otra cosa que el plástico rayado. El flequillo blanco se le metía en el ojo y él lo recolocaba con la punta del dedo, que mojaba en saliva cada vez. El dedo ponía en su sitio el mechón sobre la frente, pero en cuanto lo soltaba, volvía de nuevo a introducirse en su ojo. Para observar al Gul durante largo rato, hacía falta tener nervios de acero. Por eso yo

no lo miraba. Mis nervios ya estaban suficientemente destrozados como para someterlos a una tortura adicional.

—¿Hacia qué intenta atraer la atención la persona en cuestión? Hacia sus bambas, podríamos decir. Pero en realidad no es así. A través de las bambas llama la atención sobre sus propios pies. Es decir, exhibe su insuficiencia ante los que le rodean. De manera que es como si subrayara nuestra desgracia común, sin tenernos en cuenta a nosotros y nuestras opiniones. En cierto sentido y a su manera, se burla de nosotros...

El Gul siguió un buen rato con ese rollo. El dedo iba arriba y abajo por el entrecejo, los ojos irritados y enrojecidos. Yo me sabía de memoria cuanto podía decir: todo lo que se dice en estos casos. Las palabras que surgían del Gul eran incoloras y faltas de sustancia, como él mismo, su dedo y la uña de su dedo.

Luego habló Top. Dijo más o menos lo mismo y de manera igualmente aburrida. Luego Nif, Naf y Nuf. Los trillizos con nombres de cerdito. Hablaron a la vez, interrumpiéndose mutuamente, y yo los miré con mucho interés, teniendo en cuenta que no me esperaba que participaran en el debate. A ellos, no les gustaba la forma en que yo los miraba, o se avergonzaban, con lo que aún empeoraba la cosa, pero ellos fueron los que más despotricaron contra mí. Recordaron mi costumbre de doblar las páginas de los libros (cuando yo no soy el único que los lee), que no había entregado mis pañuelos al fondo común (como si fuera el único que tiene nariz), que estoy en la bañera más tiempo de lo que me corresponde (veintiocho minutos en lugar de veinte), que voy dando topetones con las ruedas (porque hay que tener cuidado con las ruedas), y finalmente llegaron al escollo principal: a mi condición de fumador. Si es que de alguien que tarda tres días en fumarse un cigarrillo se puede decir que es fumador.

Me preguntaron si sabía cuánto perjudicaba la nicotina a la salud de la gente que me rodea. Claro que lo sabía. No sólo lo sabía, sino que yo mismo podría dar conferencias sobre el tema, porque durante medio año había recopilado folletos y artículos y había asistido a tantas charlas sobre los perjuicios de fumar, que habrían bastado para una veintena de personas y todavía quedarían de reserva. Me habían hablado del cáncer de pulmón. Lue-

go del cáncer en sí mismo. También de las enfermedades cardiovasculares. Después de algunas enfermedades más terroríficas aún, pero todo eso ya no lo escuché. Podían eternizarse hablando de esas cosas. Se horrorizaban y se estremecían con los ojos encendidos de emoción, como los chismosos que hablan de asesinatos y accidentes regodeándose en la morbosidad. Muchachos pulcros con camisas limpias, serios y positivos. Bajo sus rostros ocultaban las facciones de viejas carcomidas de veneno. Yo ya me los conocía, y no me causaban sorpresa. Estaba tan hastiado de ellos que hubiera querido intoxicarlos de nicotina a todos y cada uno. Por desgracia, esto no era posible. Mi único cigarrillo de tres días lo fumaba a escondidas en el lavabo de profesores. Ni siquiera en el nuestro, ¡Dios me libre! Y si alguien se intoxicaba, serían las cucarachas, porque allí, menos ellas, no entraba nadie.

Me lapidaron durante media hora, luego el Yinn dio un golpe en la mesa con el bolígrafo y declaró clausurado el debate sobre mis bambas. Para entonces ya todos se habían olvidado del tema central del debate, de forma que el recordatorio resultó muy pertinente. Todos clavaron la vista en mis pobres bambas. Las reproban en silencio, con dignidad, con desprecio por mi infantilismo y mi falta de buen gusto. Quince pares de apacibles mocasines marrones contra un par de bambas rojo bermellón. Cuanto más las miraban, más refulgían. Al final de la clase todo se había teñido de gris, salvo mis bambas.

Precisamente las estaba admirando cuando me dieron la palabra.

Y... no sé cómo fue, pero por primera vez en la vida les dije a los Faisanes todo lo que pensaba de ellos. Les dije que toda aquella clase con todos sus componentes no valía un par de aquellas espléndidas bambas. Así se lo dije a todos ellos. Incluso al pobre Top, asustado y huidizo, incluso a los Hermanos Cerdito. Y en aquel momento verdaderamente pensaba así, porque no puedo soportar a los traidores y los cobardes, y eso es lo que eran ellos, traidores y cobardes.

Debieron creer que había perdido la cabeza de la impresión. El único que no se sorprendió fue el Yinn.

–Por fin nos has dicho lo que piensas. –Se limpió las gafas y señaló las bambas con su dedo índice–. No se trataba de las zapatillas. Se trataba de ti.

El Ballena esperaba delante de la pizarra con la tiza en la mano. Pero el debate había terminado. Estuve sentado con los ojos cerrados hasta que se fueron. Y aún permanecí en esa posición un buen rato más tras quedarme solo. El cansancio poco a poco fue abandonándome. Había hecho algo que se salía de los límites establecidos. Me había comportado como una persona normal. Había dejado de adaptarme a los demás. Y acabara como acabara todo aquello, tenía la certeza de que nunca me arrepentiría.

Levanté la cabeza y miré a la pizarra. «Discusión bambas». Punto uno: engrعيمiento. Punto dos: llamar la atención sobre las insuficiencias comunes. Punto tres: actitud de desdén al colectivo. Punto cuatro: tabaquismo.

El Ballena se las había arreglado para hacer no menos de dos faltas en cada palabra. Apenas sabía escribir, pero, en cambio, era el único que caminaba, por eso cuando había una reunión siempre le asignaban la pizarra.

Durante los dos días siguientes nadie me dirigió la palabra. Hacían como si no existiera. Me convertí en una especie de fantasma. Al tercer día Homero me advirtió de que el director quería verme.

El educador de primero tenía más o menos el aspecto que tendrían todos los del grupo si, a saber por qué, no se hubieran puesto la máscara de chicos. Tenía la apariencia de una vieja, como aquella que habitaba en cada uno de ellos, esperando el entierro correspondiente. Purulencias, dientes de oro y ojos de miope. Aunque, en su caso, al menos, todo estaba a la vista.

–La cosa ha llegado hasta el director –dijo con la solemnidad de un médico que comunica al paciente que su enfermedad es incurable. Luego estuvo largo rato suspirando, meneando la cabeza y mirándome con conmiseración, hasta que empecé a sentirme como un cadáver con signos de rigor mortis. Habiendo logrado el efecto perseguido, Homero se alejó, resoplando y gimiendo. Nada más incorporarme al centro, y cuando tuve que entregar un dibujo para una exposición con el estúpido título de *Mi amor al*

mundo, bauticé el producto de mis tres días de labor con el nombre de *El árbol de la vida*. Retrocediendo un par de pasos, podía verse que el árbol estaba infestado de calaveras y legiones de gusanos. De cerca parecían peras entre las ramas retorcidas. Como yo presentía, en la Casa no notaron nada de mi humor negro sólo debieron darse cuenta en la exposición, pero ignoro cómo lo recibieron. En realidad, no era una broma. Todo cuanto yo podía decir de mi amor al mundo tenía la misma fisonomía que yo había representado allí.

En mi primera visita al despacho del director ya pululaban los minúsculos gusanos de mi amor al mundo, aunque todavía no había llegado el turno de las calaveras. El despacho estaba limpio pero algo descuidado. Era evidente que no era la habitación principal de la Casa, no era ese lugar en el que todo confluye y del que todo emana, sino simplemente la atalaya del vigía. En un rincón del sofá había una muñeca de trapo del tamaño de una niña de tres años con un vestido con rayas y volantes. Y por todas partes colgaban notas sujetas con alfileres. En las paredes, en las cortinas, en el respaldo del sofá. Pero lo que más me impresionaba era el inmenso extintor suspendido sobre la mesa del director. Atraía tanto la atención que uno ya no podía mirar al director mismo. Quien se sienta bajo un llameante dirigible de anticuario seguramente ya cuenta con algo así. Sólo podías pensar en qué pasaría si aquel chisme se caía y mataba al decano delante de ti. No te quedaban fuerzas para nada más. Una buena manera de esconderse estando a la vista.

El director hablaba de la política de la escuela. De su trayectoria. «Preferimos esculpir con materiales ya preparados.» Afirmaciones de este estilo. Yo no lo escuchaba con demasiada atención, acaparada por el extintor. Me ponía de los nervios. Y todo lo demás también. La muñeca, las notas... «A lo mejor tiene amnesia...», pensé. «Tal vez tenga que recordárselo todo a sí mismo constantemente. Ahora en cuanto me vaya, escribirá sobre mí y colgará esa información en algún lugar visible.»

Luego lo escuché un poco más. Cuando habló de los exalumnos. A «los que habían llegado lejos». Era toda esa gente que estaba en fotos enmarcadas a ambos lados del extintor. Personas vulgares y corrientes que mostraban sus condecoraciones y diplo-

mas a la cámara con tristeza. Para ser francos, hubiera sido más divertido mirar fotografías de cementerios. Teniendo en cuenta la especificidad de la escuela, hubiera sido más conveniente colgar al menos una de esas junto con las otras.

Esta vez todo fue diferente. El extintor seguía allí y las notas blancas surgían desde todas las superficies, accesibles e inaccesibles, pero en el ambiente del despacho algo había cambiado. Algo que no tenía que ver con el mobiliario o con la desaparición de la muñeca. El Tiburón estaba sentado debajo del extintor y rebuscaba entre los papeles. Seco, jaspeado e hirsuto, como un leño cubierto de líquenes. Las cejas, irisadas también, canosas y pobladas, caían sobre los ojos como carámbanos mugrosos. Tenía un dossier delante. Entre las hojas pude ver una foto mía y entonces me di cuenta de que se trataba de mi expediente, calificaciones, rasgos característicos, fotos de varios años: todo lo relativo a una persona que se puede trasladar al papel. Una parte de mí se hallaba entre las cubiertas de la carpeta de cartón, y la otra parte sentada delante de él. Si había alguna diferencia entre el yo plano que contenía la carpeta y el yo con volumen que permanecía sentado, radicaba con toda seguridad en las bambas. Ya no eran un calzado. Eran yo mismo. Mi valor y mi locura, algo apagados al cabo de tres días, pero aun así claros y vívivos como el fuego.

—Debe de haber pasado algo grave, cuando los demás muchachos no están dispuestos a aguantarte. —El Tiburón me mostró un papelito—. Tengo aquí una carta, con la firma de quince personas. ¿Cómo se entiende?

Me encogí de hombros. «Que lo interprete como quiera.» No valía la pena explicarle la magia de las bambas. Hubiera sido sencillamente ridículo.

—Vuestro grupo es un grupo modélico...

Los carámbanos veteados se desprendieron hasta tapanle los ojos.

—Me encanta ese grupo. Y no puedo rechazar la petición de los chicos. Además, es la primera que me hacen. ¿Qué dices a eso?

Le hubiera dicho que yo también estaría contento de librarme de ellos, pero guardé silencio. ¿Qué significaba mi opinión contra la de quince alumnos modélicos, tan apreciados por el Ti-

burón? En lugar de ponerme a protestar y a dar explicaciones, decidí dedicarme a observar el ambiente.

Las fotografías de «los que habían llegado lejos» resultaban todavía más repulsivas de lo que recordaba. Me imaginé mi imagen envejecida y abotargada entre las suyas, y al fondo, unos cuadros, cada uno más horripilante que el anterior. «Lo llamaban nuevo Giger, cuando tenía trece años.» Me produjo náuseas.

—¿Y qué? —El Tiburón agitó su mano abierta ante mí—. ¿Estás dormido? Te estoy preguntando: ¿te das cuenta de que me veré obligado a tomar ciertas medidas?

—Sí, claro. Lo siento.

Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Yo también lo siento mucho —gruñó el Tiburón, cerrando de golpe la carpeta—. Siento mucho que seas tan estúpido y hayas sido capaz de estropear la relación con todo el grupo a la vez. Y ahora puedes irte y recoger tus cosas.

Algo dentro de mí subía y bajaba como una pelotita atada a una goma.

—¿Y adónde me llevarán?

Mi pánico le proporcionó una inmensa satisfacción. Lo paladeó; recolocando diversos objetos, moviéndolos de un extremo a otro de la mesa, estudiándose las uñas concienzudamente, encendiéndose un cigarrillo...

—¿Y tú qué crees? Con otro grupo, claro.

Yo sonreí:

—¿Lo dice en broma, no?

Era más fácil que en cualquier grupo admitieran a un caballo que a alguien de primer curso. Un caballo tendría más posibilidades de adaptarse. A pesar del tamaño y de las boñigas. Hubiera debido callarme, pero no me pude contener:

—Nadie me aceptará. Soy un Faisán.

El Tiburón se enfadó de veras. Escupió el cigarrillo y golpeó la mesa con el puño.

—Ya estoy harto de esta tomadura de pelo. Ya basta. ¿Qué Faisán ni qué ocho cuartos? ¿De dónde ha salido toda esa patraña?

Los papeles se esparcieron como consecuencia de los golpes y la colilla cayó fuera del cenicero.

Me asusté tanto que grité aún más fuerte como respuesta:

–¡No sé por qué nos llaman así! ¡Eso pregúnteselo a quien se lo inventó! ¿Usted cree que es sencillo pronunciar este mote tonto? ¿Usted cree que alguien me ha dado alguna explicación sobre su significado?

–¡No te atrevas a levantarme la voz en mi propio despacho! –gritó inclinándose hacia mí sobre la mesa.

Miré fugazmente al extintor y aparté la mirada compulsivamente.

Se aguantaba.

El Tiburón siguió la dirección de mi mirada y susurró confidencialmente:

–No se cae. Tiene unos tornillos así. –Y me mostró su dedo repulsivo.

Me quedé mirándolo, allí sentado, como un idiota. Y el Tiburón sonreía con sorna. De repente comprendí que me estaba tomando el pelo. No hacía mucho que yo vivía en la Casa y todavía me costaba llamar a algunas personas por sus apodos. Hay que estar totalmente desinhibido para dirigirse a alguien como el Mocoso o el Meón, sin sentirse abominable. Me explicaron que todo aquello no agradaba a la dirección. ¿Pero cuál era la idea? ¿Sólo gritarme y comprobar mis reacciones? Y adiviné qué había cambiado desde mi primera visita al despacho. El propio Tiburón. El hombrecillo insignificante que se ocultaba bajo el extintor se había transformado en el Tiburón. En lo mismo que le llamaban. Por tanto, los apodos no se asignaban sin una razón.

Mientras yo pensaba en todo aquello, el Tiburón se encendió otro cigarrillo.

–Que no tenga que volver a oír en mi propio despacho más tonterías –me amonestó mientras sacaba de mi carpeta la colilla anterior–. Ni un intento más de humillar al mejor grupo. De privarlo del estatus que le corresponde. ¿Lo has entendido?

–¿Eso significa que usted también considera ofensiva esta palabra? –especifiqué–. ¿Pero por qué? ¿Por qué tendría que ser peor que simplemente Pájaros? ¿O Ratas? Ratas. A mí eso me parece mucho peor que Faisanes.

El Tiburón parpadeó.

–Usted seguramente conoce el sentido que encierra, ¿verdad?

–A ver –dijo sombrío–. Basta. Cállate. Ahora entiendo por qué no encajas en primero.

Miré mis bambas. El Tiburón tenía una opinión demasiado elevada sobre los motivos de los Faisanes, pero yo no me puse a darle explicaciones. Simplemente pregunté a dónde me llevarían.

–De momento no lo sé –mintió sin parpadear–. Tengo que pensarlo.

No en vano le habían puesto el sobrenombre de Tiburón. Lo era. Un gran pez jaspeado de boca torcida, con unos ojos que miraban en direcciones diferentes. Estaba envejecido y, seguramente, no tenía demasiada suerte en la caza si se contentaba con una captura tan insignificante como yo. Por supuesto que conocía mi próximo destino. E incluso estuvo a punto de decírmelo. Pero había cambiado de idea. Había decidido torturarme un poco más. Pero en realidad no merecía la pena el esfuerzo, porque el grupo no importaba, a los Faisanes los odiaban todos. De repente comprendí que mi situación no era tan grave. Se vislumbraba una posibilidad real de salir de la Casa. Los de primero me habían echado y lo mismo harían los demás. De buenas a primeras, tal vez no, pero si me empeñaba, el proceso se aceleraría. Al fin y al cabo: ¡cuánto tiempo he perdido intentando convertirme en un auténtico Faisán! Convencer a otro grupo de que no encajaría sería mucho más fácil. Y más cuando estaban previamente convencidos de ello. Con seguridad era lo que pensaba el propio Tiburón. Era una manera indirecta de expulsarme. Después podrían justificarla calificándome como un inadaptado. De lo contrario, los Faisanes quedarían en entredicho...

Me tranquilicé. El Tiburón, que me observaba detenidamente, atisbó en mí un momento de lucidez, y eso le desagradó.

–Vete –dijo con repugnancia–. Recoge tus cosas. Mañana a las ocho y media pasaré a buscarte personalmente.

Cuando cerré a mi espalda la puerta del despacho del director, era consciente de que llegaría con retraso. De una hora o más. Ahora, aquel hombre era como un libro abierto para mí, con peculiaridades de tiburón.

«Los alumnos la llaman la Casa, expresando en toda su amplitud lo que para nosotros simboliza nuestra escuela: la familia, el refugio, la comprensión mutua y la atención solícita.» Así rezaba en el folleto, que al salir de la Casa me disponía a colgar de la pared en un marco fúnebre. Lo era, a pesar de los dorados. Aquel folleto era exclusivo. Ni una palabra de verdad, ni una frase de mentira. No sé quién lo escribió, pero quienquiera que fuese era, de alguna manera, un genio. En efecto, la llamaban la Casa. Expresando en toda la extensión de la palabra multitud de matices. Tal vez era un lugar apacible para un auténtico Faisán y probablemente los demás Faisanes lo vieran como una familia. No se encuentran Faisanes en el exterior, y por eso es difícil asegurarlo, pero si los hubiera, la Casa sería el lugar al que tenderían con todas sus fuerzas. Por otra parte, el hecho inequívoco es que en el exterior no los hay, y podría pensarse que es precisamente la Casa quien los produce. Es decir, que un tiempo antes de encontrarse en el lugar, todos eran gente normal. La idea no podía ser más desagradable.

Me distraje del folleto. «La historia centenaria y las tradiciones celosamente conservadas», mencionadas en la página tres, también eran ciertas. Basta ver la Casa para darse cuenta: empezó a derruirse ya en el siglo pasado. Lo atestiguan sus chimeneas cegadas y su complejo sistema de conducción de humos. Cuando hace viento, no ulula menos que en una fortaleza medieval y se constituye como una auténtica inmersión en la historia. Lo de las tradiciones también es del todo correcto. El absurdo reinante en la Casa fue ideado por varias generaciones de gente insalubre y estigmatizada. A las siguientes generaciones no les quedó más que «custodiar celosamente y multiplicar» todo aquello.

«Una vasta biblioteca.» La hay. También, una sala de billar, una piscina, una sala de cine... todo en orden (sólo que a cada «está» se le añade un pequeño «lo que pasa es que» tras el cual resulta que utilizar estos recursos es imposible, incómodo o peligroso). La sala de billar es frecuentada por los Bandar-log. Los Faisanes allí no tienen cabida. En la biblioteca sólo estudian las chicas y los días de fiesta se congregan allí los jugadores de cartas. Se puede entrar, incluso se puede sacar algún volumen para leer, pero

difícilmente se podrá regresar. ¿La piscina? Las obras se iniciaron hace más de dos años. «Y durarán otro tanto, porque el techo tiene goteras», me aclararon gentilmente los Hermanos Cerdito. Durante cierto tiempo fueron amables y corteses. Contestaban a mis preguntas. Me mostraban y explicaban cuanto necesitaba saber. Estaban convencidos de que llevaban una vida interesante y plena en un lugar insólito y fabuloso. Esta certeza suya sencillamente me destruía. Seguramente no merecía la pena empeñarse en erradicarla. Entonces no hubiéramos continuado siendo amigos. En cambio, la gentileza llegó al final, sin tiempo a que empezara la amistad: así que sus tres firmas casi idénticas aparecían en la petición de mi traslado. Pero hubo tiempo suficiente para que me contaran muchas cosas. Casi todo lo que sabía de la Casa me lo explicaron ellos. La vida de los Faisanes no predisponía a aprender cosas nuevas. En realidad el margen de maniobra era escaso. En el primer grupo todo estaba pautado al minuto.

En el comedor se piensa en la comida; en clase, en la lección; en la revisión médica, en la salud. Miedos colectivos: no resfriarse; sueños colectivos: una costilla de cordero en el desayuno. Todo uniforme y mecánico, nada superfluo. Cada movimiento se reduce al automatismo. El día se divide en cuatro partes. Desayuno, comida, cena. Una vez por semana, los sábados, cine, y los lunes, reunión.

«¿No va siendo hora de...?»

«Me he dado cuenta de que...»

«Sí, es innegable, el aula está mal aireada. Eso influye en nosotros.»

«Sabéis ese runrún extraño que se oye... Me temo que sean las ratas, a pesar de los esfuerzos por su erradicación.»

«Expresar nuestra protesta en relación con las condiciones antihigiénicas de las instalaciones que favorecen la proliferación de roedores...»

Y carteles. Carteles infinitos.

En clase: «Durante la clase concéntrate en la clase», «¡No a los pensamientos fuera de lugar!». En el dormitorio: «Guarda silencio, no molestes al vecino», «El ruido es una fuente de afecciones nerviosas».

Filas ordenadas de camas de hierro. Servilletas blancas sobre las almohadas. «¡Cuida la limpieza!» «¡Si quieres limpieza, empieza por tu almohada!» Una mesita blanca por cada dos camas. «Recuerda dónde dejas el vaso.» «Márcalo con tu número.» En el cabecero de la cama una toalla doblada. También con el número identificativo. De seis a ocho se conecta la radio. «Si no tienes nada que hacer, escucha música.» Los que quieren jugar a la tómbola o al ajedrez, se desplazan al aula. Desde que pusieron un televisor en la clase, el número de los que descansaban en el dormitorio disminuyó drásticamente. Entonces trasladaron el televisor. Ahora está encendido permanentemente en el dormitorio como una ventana azul hasta que oscurece, pero la noche, para los Faisanes, comienza a las nueve, a esa hora todos han de estar acostados, con el pijama puesto y dispuestos a conciliar un sueño reparador. «Si padeces insomnio, consulta al médico.»

Y, por la mañana, a empezar de nuevo. Gimnasia para sedentarios. Hacer las camas. «Ayudar al compañero a vestirse y viceversa.» Aseo personal. Seis lavabos con cercos rojos en torno a los desagües. «Espera tu turno y no hagas esperar a los demás.» Caras deformes en las grietas de las baldosas y charcos en el suelo. Comedor. Clases. Pausa para comer. Clases. Tiempo de descanso. Y así infinitamente.

Entré en el dormitorio y observé que ya no era un fantasma. Los de primero conocían mi traslado; era evidente por la forma insistente en que me miraban. Su exagerada curiosidad era indecorosa y descarada. Como si se dispusieran a devorarme. Estuve a punto de no poderlo soportar y volverme atrás. En lugar de eso, caminé hacia mi cama y fijé la vista en el televisor. Una mujer con un delantal a rayas explicaba cómo preparar tortitas de miel. «Tomamos tres huevos, separamos la clara...» Es muy recomendable ver este tipo de programas antes de cenar. Estimulan el apetito. Cuando el tiembre sonó, yo ya sabía preparar tortitas de miel, la forma en que deben servirse y hasta cómo sonreír al hacerlo. Sólo yo disfruté aprendiendo. Los demás me miraban a mí, ideando la preparación de un plato bien diferente.

Salimos del dormitorio, como siempre, de tres en tres, para no tropezar al repartirnos en los aseos para lavarnos las manos an-

tes de cenar. No me coloqué detrás de nadie. Los demás se dieron cuenta e intercambiaron miradas de complicidad.

En el comedor comencé a temblar. Intentaba atraer la atención de los Faisanes. ¿Hacia dónde mirarían tras dejar de observarme? Pero no podían dejar de contemplarme. ¿O era verdad que desconocían el lugar donde me transferían?

El tiempo pareció dilatarse una eternidad.

Puré y croquetas de zanahoria. Un tenedor con una púa torcida. La repartidora, con su delantal blanco, hace tintinear la vajilla mientras empuja el carrito. Paredes blancas, profundas ventanas en arco. Me gusta el comedor. Es el lugar más antiguo de la Casa. Más exactamente, el que ha sufrido menos modificaciones. Las paredes, las ventanas y las baldosas agrietadas del piso seguramente ya eran así hace setenta años. Un horno holandés ocupa toda la pared, recubierta de azulejos, con la puerta de hierro forjado cerrada con candado. Es bonito. El único sitio donde nadie te sermonea, donde uno puede desconectar, mirando a los miembros de los otros grupos, imaginando no ser un Faisán. Hubo un tiempo en que éste fue mi juego favorito. Recién llegado. Poco después me aburría. Y comprendí de golpe que podría vivirlo de verdad, y que dejaría de ser un juego.

Puré y croquetas de zanahoria. Té y pan con mantequilla. Nuestra mesa es blanca y negra. Camisas blancas, pantalones negros. Platos blancos y bandejas negras. Bandejas negras sobre manteles blancos. Sólo las caras y el pelo se distinguen por un color alternativo.

Al lado, la mesa de segundo curso. El más brillante y bullicioso. Peinados iroqueses, gafas y collares. En las orejas, auriculares atronadores. Las Ratas: una mezcla de punks y payasos. A ellos no les ponen mantel, no les entregan cuchillos y los tenedores están fuertemente atados al tablero de la mesa con cadenas, y si en el transcurso del día ninguno de ellos ha tenido un ataque de histeria ni ha intentado arrancar su tenedor para clavárselo al compañero, los Ratas consideran que el día ha pasado en vano. Es un circo puro y duro. En el segundo curso, cada cual lleva encima un cuchillo o una navaja de afeitar, de manera que todo el protocolo de los tenedores no es más que un tributo a la tradición. Un pequeño *show* dedicado

especialmente al comedor. A la cabeza está el Pelirrojo. Enormes gafas verdes, la cabeza afeitada, una rosa tatuada en la mejilla y una sonrisa estúpida. Es el cabecilla de las Ratas. El segundo de sus líderes, creo recordar, porque sus cabecillas no duran mucho.

Los de tercero tienen su *show* particular. Se atan baberos enormes con dibujos infantiles y se colocan encima macetas con sus plantas favoritas. A pesar de sus ropajes negros y sus fisonomías despreciables, también dan una sensación circense. Pero hay algo irremediablemente siniestro en ellos. Quizá sólo divierten a los Pájaros. Cultivan flores en sus habitaciones, confeccionan bordados y punto de cruz; son los más tranquilos y educados después de nosotros, pero es terrorífico pensar tan siquiera en la posibilidad de encontrarse entre ellos. Incluso cuando practicaba mi juego favorito, siempre evitaba a los de tercero.

De repente, me invadió una súbita visión, tan palpable que parecía real.

Estaba en el dormitorio oscuro y húmedo de los Pájaros. Las ventanas recubiertas de hiedra no dejan apenas pasar la luz. Plantas, en tiestos y tinajas por todas partes. En el centro de la habitación, un hogar semiderruido.

Los Pájaros están colocados en hilera sobre bancos bajos haciendo labor con las agujas, mientras en la repisa de la chimenea se posa el Buitre, con el aspecto de una momia, sobre los hombros un manto de armiño apolillado, fumando narguile y lanzando hacia nosotros bocanadas de humo.

De vez en cuando alguno de los Pájaros se levanta y le muestra su labor para que la examine. Me siento mal. Tengo calor y estoy avergonzado, porque sobre mi bastidor está creándose algo inimaginable. Horripilantes entrelazamientos de hilos, madejas y embrollos, es imposible entresacar un solo retazo de esa maraña; sé que tarde o temprano me tocará presentar mi labor, y eso me aterroriza. Con un torpe movimiento, mi codo roza con un tiesto cercano; se vuelca haciéndose añicos. El inmenso geranio, del tamaño de un arbusto de lila, cae, la tierra se esparce y los cascotes de barro golpean el suelo y vuelan.

En medio del desastre aparece una calavera humana, blanca y pulida, a la que le falta la mandíbula inferior. Todos están pas-

mados. Me miran a mí y al cráneo. A continuación, se escucha un gruñido abominable.

–Sí, sí, Fumador, no te equivocas –dice el Buitre saltando de la repisa y abatiéndose sobre mí–. Éste es nuestro último novato, ¡descanse en paz!

Se ríe, mientras deja ver unos dientes inverosímilmente afilados, unos dentículos de tiburón...

Entonces me interrumpí al darme cuenta de que en ese momento era, en efecto, el centro de atención, pero no de los Pájaros, sino de los míos, de los Faisanes. Me observaban con gran atención. El rictus de dientes afilados del Buitre languideció hasta convertirse en la sonrisa retorcida del Yinn, con cuya visión se me revolviéron las tripas. Me incliné sobre mi croqueta y me entraron arcadas de odio. Lo que me había estado imaginando era solamente un cuento de terror; los verdaderos carroñeros se sentaban junto a mí. Observaban las gotas de sudor que resbalaban por mi cara y se relamían. Y de golpe entendí que estaba preparado para convertirme en un *Pájaro* en aquel mismo instante; para vestir de luto, aprender a hacer punto de cruz, para exhumar un centenar de calaveras ocultas en macetas floridas. Lo que fuera con tal de no seguir en el primer curso. Lo que más me molestaba es que todas estas vivencias vistas desde fuera seguramente darían la impresión de un arrebató de cobardía. «¡Basta!», me decía. «No quiero seguir jugando a esto. Sólo tengo que aguantar hasta mañana. Tan sólo trece horas, no más.»

Una vez, temeroso del más ínfimo ruido, fumaba en el lavabo de profesores, cuando se presentó allí Esfinge, del cuarto curso. Nervioso, tiré el cigarrillo, que se extinguió al instante sobre las baldosas húmedas.

–¡Ajá, un Faisán fumando! –dijo Esfinge, mirando la colilla a sus pies–. Si lo cuento, nadie me creerá.

Me miró y soltó una carcajada.

Era muy delgado, calvo y sin brazos. Sus ojos, verdes como la hierba. La nariz rota y los labios en un rictus sarcástico, con las comisuras hacia arriba. Las prótesis, enguantadas de negro.

–¿Te queda algún pitillo?

Asentí, sorprendido de que hablara conmigo. A los Faisanes no acostumbra a dirigírseles la palabra. Incluso me dio la impresión de que me pediría un cigarrillo, pero la cosa no llegó a tanto.

Se limitó a decir:

–Estupendo.

Y se fue.

Ni por un momento pasó por mi cabeza la idea de que lo contaría por ahí. Me equivoqué.

Por ello, cuando un par de días después de nuestro encuentro empezaron a llamarme el Fumador, no lo relacioné con él. No sólo Esfinge sabía que yo fumaba. Las explicaciones me las dieron los Hermanos Cerdito. Resultaba que Esfinge me había puesto el nuevo mote. Se había convertido en mi padrino de bautizo. Y la Casa se puso patas arriba, porque jamás había sucedido que alguien bautizara a un Faisán. Alguien como Esfinge, que sólo tenía por encima al Ciego, que, a su vez, sólo tenía por encima el tejado de la Casa y las golondrinas.

A causa de cuanto ocurrió me convertí en un personaje conocido entre los no Faisanes, y los Faisanes comenzaron a odiarme en grupo. El nuevo apodo, para ellos, sonaba peor que Jack *el Destripador*. Los inquietaba y no beneficiaba s su imagen, pero ya no podían hacer nada al respecto. No tenían derecho.

No quise ni imaginarme en cuarto. Allí estaba mi padrino espía, allí estaba el psicópata de Lord, que me había roto un diente sólo porque mi rueda se había enganchado fortuitamente con la suya. Allí estaban el Chacal Tabaqui, que me había rociado con no sé qué porquería maloliente de una botella con una inscripción donde ponía «peligro de muerte» y el Bandar-log Larry, que había dirigido todos los ataques de los Log contra los Faisanes. Cuando me imaginaba a mí mismo entre ellos, mi moral se venía abajo.

Terminé aquella croqueta extendida en el plato. Me bebí el té. Devoré el pan con mantequilla. Mientras, diseñé dos planes de huida de la Casa y, aunque ambos eran imposibles de cumplir, eso me mantuvo distraído. Por fin, la cena terminó.

No volví al dormitorio. Estuve fumando en el lavabo de profesores y regresé después al comedor. El primer rellano solía estar va-

cío. Había unos cuantos sitios así en la Casa. Acercaba la silla a la ventana y mientras no encendían las luces de los pasillos, permanecía allí sentado y contemplaba las copas oscuras de los árboles, cuyas hojas aún no habían caído. Cuando encendían la luz, de golpe se oscurecía el otro lado de la ventana. Me separé de ella y deambulé por el rellano recorriendo los paneles de anuncios acristalados. No había otra cosa que hacer. Los leí, seguramente por centésima vez, y por centésima vez comprobé que no había cambio alguno. Sólo se permutaban los que estaban en la pared, detrás de los paneles. Se escribían a rotulador y con tiza de color rojo, y los intercambiaban con tanta frecuencia, que muchos no podían colocar su anuncio sin blanquear antes los textos que les precedían y esperar a que seicara la pared para poder escribir. Los habitantes de la Casa no mostraban pereza para algunas actividades. Normalmente nunca leía sus anuncios. Había demasiados y, de ellos, un buen número no tenían el más mínimo interés. Pero hoy, por puro aburrimiento, había decidido leerlos todos. Coloqué ladeada la silla de ruedas y me sujeté a la rendija entre los paneles.

Abierta la temporada de caza.
Licencia de caza según tarifa vigente.
A partir del jueves. Júbilo.

Intenté figurarme a qué o a quién se podía dar caza en el territorio de la Casa. ¿Ratones? ¿Gatos callejeros? ¿Y de qué modo se dispararía contra ellos? ¿Con un tirachinas? Suspiré y leí el siguiente anuncio.

Resultados de anteayer.
Mañanas, en la lavandería.

Astrólogo. Gran experiencia.
Caf. todos los días de 18 a 19 h.

He advertido mis propias carencias.
Compartiré con quienes lo deseen mi experiencia inestimable.
Iluminado.

El resultado de ayer. Mañanas,
Bj. 3r bisonte, izq. de entr.

Trescientos gramos de queso Roquefort. A buen precio.
Bucheblanco

¡Amplía los límites del universo! Caf. jv.
Razón: camarero de turno. Vía de la luna, núm. 64.
Sólo para personas con calzado peculiar.

Ya no seguí adelante. Lo releí. Luego regresé a la primera línea.
Bajé la vista. Contemplé mis bambas. ¿Casualidad?

Seguramente. Pero no tenía ganas de volver al dormitorio.
Sabía qué era la «Caf.» y dónde buscarla. Era consciente de que
no se alegrarían de verme y que ningún Faisán en su sano juicio
se metería allí voluntariamente. Por otra parte, no tenía nada que
perder. ¿Por qué no ampliar los límites del Universo? Froté las
bambas con el pañuelo para que relucieran, y marché a la búsqueda
de la Cafetera.

El pasillo de la primera planta es largo, como un intestino, y no
tiene ninguna ventana. Sólo hay ventanas delante del comedor y
en el vestíbulo. El pasillo arranca de las escaleras y queda inter-
rumpido por una salita que es necesario atravesar para llegar al
comedor. Se prolonga hasta la segunda escalera. En un extremo,
el comedor. En frente, la sala de profesores y el despacho del di-
rector. Más allá, nuestras dos habitaciones, un aula vacía, el gabi-
nete de biología, un cuarto de baño abandonado, el de profesores
—que yo utilizaba como fumadero— y una sala de reposo donde se
llevaban a cabo unas reformas interminables. Todo eso era terri-
torio propio y bien conocido. Un territorio que terminaba en el
vestíbulo: una sala deprimente con ventanas a un patio, con un
sofá en el centro y un televisor averiado en el ángulo izquierdo.
Nunca había ido más lejos. Por algún lugar imaginario cruzaba
una frontera invisible, que los Faisanes intentaban no traspasar.

Crucé la frontera con determinación, me interné en el pasillo
posterior al vestíbulo y me encontré en un mundo alternativo.

Parecía como si hubiera estallado una gran cisterna de pinturas multicolores... o más de una. Dibujos e inscripciones también había en nuestro territorio, pero aquí conformaban el propio pasillo. Enormes, de la altura de una persona, abigarrados, serpenteaban y se extendían, acumulándose unos sobre otros, se desparramaban y brincaban, se elevaban hasta el techo y volvían a desplomarse. Era como si las paredes, de lado a lado, se hubieran hinchado a consecuencia de los murales y el pasillo mismo se hiciera más estrecho. Lo recorría con la boca abierta, como si viajara a través del delirio de un loco.

La puerta del segundo mostraba los dientes de calaveras azules, con un zigzag escarlata de relámpagos e inscripciones admonitorias. Pronto entendí a quién pertenecía ese territorio y me aparté juiciosamente hacia la pared opuesta. De aquella puerta podía salir volando cualquier cosa, botellas o navajas de afeitar, incluso los mismos Ratas. Su sección estaba profusamente sembrada de trizas y fragmentos de cuanto ya habían arrojado con anterioridad y toda aquella basura crujía bajo las ruedas de la silla como huesos que se parten.

La puerta que buscaba estaba entreabierta. De no haber sido así, la habría pasado por alto. «Sólo café y té», advertía un modesto rótulo blanco. El resto de la pared estaba pintado a modo de selva de bambú y apenas se percibía sobre el fondo de la pared. Al asomarme, me convencí de que efectivamente se trataba de la Cafetera. Un local oscuro, atiborrado de mesas redondas. Bajo el techo, linternas chinas y figuras de papel ramificadas; de las paredes colgaban máscaras de aspecto terrorífico y fotografías en blanco y negro. Frente a la puerta, había una barra de bar, fabricada con atriles de madera pintados de azul.

Abrí la puerta un poco más. Una campanilla tintineó sobre la puerta y los ocupantes de las mesas cercanas se volvieron hacia mí. Dos perros con collares aparecían en primer lugar. Al fondo de la estancia distinguí unas crestas iroquesas de Rata, pero no me detuve a observarlas, sino que continué avanzando hacia la barra.

—¡Sesenta y cuatro, por favor! —escupí, siguiendo las instrucciones para después alzar los ojos.

Desde el otro lado de la barra, el Conejo gordo me observaba, con un collar y unos prominentes dientes delanteros.

—¿Cómo, cómo? —preguntó asombrado.

—El número sesenta y cuatro —repetí, sintiéndome absolutamente estúpido—. Vía de la luna.

En las mesas se echaron a reír.

—¡Va fuerte, el Faisán! —gritó alguien—. ¿Habéis visto?

—¡Un Faisán suicida!

—No, es una nueva raza. Un Ultrafaisán.

—Es el emperador de los Faisanes.

—¡Qué va, nada de Faisán! ¡Es un Licántropo!

—Y además, enfermo. Si no, no intentaría hacerse pasar por Faisán.

Mientras los parroquianos de la Cafetera se divertían, el Conejo, muy serio, rodeó la barra, se acercó y se puso a estudiar mis zapatos durante una eternidad. Finalmente dijo:

—No sirve.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro—. El anuncio dice con calzado peculiar.

—No sé nada de ningún anuncio —me cortó el Conejo, volviendo a su redil—. Fuera de aquí.

Me miré las bambas.

Ya no me parecían llameantes. En la Cafetera había poca luz y ningún Faisán. Me di cuenta de que había actuado estúpidamente. No debía haber ido hasta allí y exponerme al ridículo. Para todos, menos para los Faisanes, mis bambas eran normales. No sé cómo fui capaz de olvidarlo.

—Son peculiares —dije, más para mí mismo que para intentar convencer a alguien. Y me dirigí hacia la puerta.

—¡Eh, Faisán! —me gritaron desde la mesa más alejada.

Me volví.

Allí, delante de unas tazas de café decoradas, estaban sentados los de cuarto. Lord, con su cabellera color miel, bello como el rey de los elfos, y el Chacal Tabaqui, menudo, desgreñado y orejón, parecido a un lémur con peluca.

—Sabes, Conejo —dijo Lord, lanzándome una mirada fría—, es la primera vez que veo a un Faisán con un calzado que no

responde al modelo estándar. Me sorprende que no lo hayas notado.

–Eso, eso –intervino Tabaqui con alborozo–. Yo también lo he notado. Y además he pensado: «Tiene los días contados, pobrecito; lo destrozarán». Ponle un sesenta y cuatro, Conejo. Puede que sea la última alegría que le quede en este mundo. ¡Ven aquí, niño! Ahora te lo ponen.

Yo me demoraba, no sabía si tenía que aceptar aquella invitación, pero los Perros apartaron sillas y piernas y me abrieron paso, como si yo fuera del tamaño de un elefante. No me quedó más remedio que pasar.

El Chacal Tabaqui, que me llamaba niño, tenía aspecto de contar a lo sumo catorce años. Aunque, a decir verdad, de cerca se le podrían adjudicar incluso treinta. Llevaba puestos tres chalecos de colores diferentes y, por debajo, asomaban camisetas de largos diferentes –una verde, una rosa y otra azul celeste, y a pesar de todo el ropaje, seguía pareciendo delgado. Todos los chalecos tenían los bolsillos repletos. También estaba ataviado con collares, insignias, amuletos, bolsos pequeños, alfileres y campanillas; y todo ello estaba poco aseado o manoseado a más no poder. A su lado, Lord, con su camisa blanca y sus tejanos, como único atuendo, parecía casi desnudo. Y, desde luego, exageradamente limpio.

–¿Qué buscas en el vía de la luna? –preguntó.

–No lo sé –reconocí con franqueza–. De repente se me ocurrió probar.

–¿Pero sabes por lo menos qué es?

Meneé la cabeza.

–¿Un cóctel?

Lord me miraba con conmiseración. Su piel era tan blanca que refulgia. Las cejas y las pestañas eran de tono más oscuro que el pelo; los ojos no sé bien si eran grises o azules. Su imagen ni siquiera la estropeaba aquella mueca cáustica, tampoco el acné del mentón.

Nunca en la vida he encontrado personas tan hermosas que mirarlas provoque dolor. Sólo a Lord.

Hacía aproximadamente un mes, me había roto un diente, debido a que mi rueda topó con la suya a la entrada del comedor.

Hasta entonces sólo lo había visto de lejos y la rápida visión no me permitió captar nada. Estaba tan embelesado que no entendía sus palabras. Luego el hermoso elfo me rompió un diente, y se desvaneció la emoción. Me pasó la semana siguiente yendo pegado a las paredes, echándome a un lado cada vez que me cruzaba con alguien, constantemente en la consulta del dentista y sin dormir por las noches.

Lord era el último con quien hubiera pensado compartir mesa en la Cafetera y el último con quien habría cruzado palabra alguna si hubiera dependido de mí. Pero así fue. Él preguntaba, yo contestaba, y su apariencia maldita iba de nuevo encantándome casi sin advertirlo. Era difícil, cuando uno estaba a su lado, no olvidar cómo era él en realidad. Por otra parte, comencé a sentir inquietud por si el vía de la luna no era una bebida inofensiva, sino algún brebaje del que hubiera sido preferible abstenerse.

Mientras yo sufría con mis elucubraciones, trajeron la bebida. El Conejo dejó en la mesa una taza minúscula y la empujó acercándola a mí.

–Bajo vuestra responsabilidad –advirtió a los sedentes.

Al mirar el contenido, vi sólo un líquido oleoso y brillante en el fondo de la taza. La cantidad era mínima.

–¿Eso es todo? –exclamé–. ¡Qué poco!

El Conejo suspiró ruidosamente. No marchaba. Permanecía allí, al acecho.

–El dinero –dijo por fin–: ¿piensas pagar?

Me turbé. No llevaba dinero.

–¿Cuánto cuesta? –pregunté.

El Conejo se volvió hacia Tabaqui.

–Oye, todo esto lo habéis montado vosotros. Yo no le habría servido. No se entera de nada, este Faisán.

–Cállate –dijo Lord, tendiéndole un billete de cien–. Y esfúmate.

El Conejo se alejó lanzando a Lord una mirada áspera.

–Bebe –me invitó Lord–. Si de verdad quieres probar.

Volví a mirar el interior de la tacita.

–A decir verdad, ya no me apetece.

–Mejor –se congratuló Tabaqui–. ¿Qué necesidad tienes? No es en absoluto obligatorio y, de hecho, ¿qué te ha dado de golpe? Tómate un café. Y cómete un panecillo.

–No. Gracias.

Estaba avergonzado. Tenía ganas de irme cuanto antes.

–Disculpadme –dije–. No sabía que fuera tan caro.

–No pasa nada –exclamó Tabaqui con voz chillona–. No lo sabías y está bien así. Cuanto menos sepas, mejor para ti.

–¡Tres cafés! –chilló abruptamente, haciendo girar una rueda.

Y caracoleó como una peonza. No llegué a discernir cómo lo había hecho, de qué manera la había impulsado, pero la cuestión es que giraba como un endemoniado. Volaron trozos de comida, bolitas y restos en todas direcciones. Como si se tratara de un contenedor de basura subido a un carrusel. Sobre mi manga cayó en picado una plumilla.

–Gracias, para mí nada –grité.

El carrusel se detuvo.

–¿Cómo que nada? ¿Adónde tienes que ir?

–No llevo dinero.

Tabaqui pestañeó con sus ojos de lechuza. A causa de la rotación se le había erizado el pelo y tenía un aspecto enloquecido.

–¿Y para qué necesitas dinero? Lord invita. Quiero decir que invitamos nosotros. Además, el precio es sólo simbólico.

El Conejo depositó sobre la mesa una bandeja con tres tazas de café, una jarra de leche y unos panecillos troceados. No escucharon mis protestas.

–No es necesario –intenté una vez más–, no quiero nada.

–Claro –Tabaqui se dejó caer sobre el respaldo de la silla decepcionado–. ¿Quién querría tomar café contigo, Lord, después del sopapo que le diste? Nadie.

Sentí como se me inflamaban las mejillas. Lord tamborileaba con los dedos sobre la mesa sin mirarnos.

–Deberías pedirle perdón –le propuso Tabaqui–. O se irá. Y pasará lo de siempre. Es decir, nada.

Lord enrojeció, enseguida y de forma ostensible, como si lo hubieran abofeteado.

–¡No me des lecciones!

Ahora ya no quería irme, sino que se me tragara el suelo. Así sería mucho más rápido. Giré la silla.

–Disculpa –gruñó Lord, sin alzar la vista.

Me atasqué.

La silla vuelta en diagonal y la cabeza hundida en el pecho.

Yo no entendía nada. Ni en mis sueños más vengativos Lord se disculpaba ante mí. No podía ni imaginarlo. Yo le saltaba los dientes a él y le rompía la mandíbula, él dejaba de ser tan guapo, maldecía y escupía sangre, pero jamás llegábamos a las disculpas.

–Estaba fuera de mis casillas –dijo Lord–. Me comporté como una mala bestia. Si me hubieras delatado a las Arañas, hubiera tenido problemas. Ni te imaginas hasta qué punto. Pasé dos noches sin dormir, esperando a que vinieran a por mí. Por fin, me di cuenta de que no habías dicho nada. Quería disculparme; pero no sabía cómo. No era capaz. Y hoy mismo tampoco lo habría sido, si no llega a ser por el Chacal.

Lord guardó silencio y finalmente me miró. Sus ojos destilaban rabia.

Yo también permanecí callado. ¿Y qué podía decir? «Te perdono» hubiera sonado estúpido. «No te perdonaría por nada en el mundo», todavía peor.

–No entiendo nada –dije.

–¿Qué es lo que no entiendes? –intervino vivamente Tabaqui.

–Nada.

–Pero, ¿te tomas el café con nosotros o no? –preguntó con dulzura.

Era un tipo testarudo, por lo que parecía.

Me acerqué a la mesa y tomé una taza de la bandeja.

–Todo parece ir al revés –dije–. Al contrario de como tendría que ir. Todos actuáis en contra de las normas. Nadie se disculpa ante un Faisán. Jamás. Aunque le haya arrancado media cabeza.

–¿Y dónde está escrita esa norma? –se indignó Tabaqui–. Yo nunca la he oído.

Me encogí de hombros:

–No lo sé. En el mismo sitio que el resto de las normas, seguramente. Escrita o no, existe.

–¡Vaya! –el Chacal me miraba casi con entusiasmo–. ¡Menu-
da cara! Me quiere enseñar a mí las normas de la Casa. ¡Qué fuer-
te, tío!

Lord daba vueltas a la taza del vía de la luna, observando aten-
tamente el contenido.

–¿Qué contiene? –preguntó–. ¿Qué componentes lleva?
Tabaqui resopló.

–No lo sé. Algunos dicen que extracto de amanita, otros que
lágrimas del Buitre. Puede que el papá de los Pájaros llore lágri-
mas verdes, pero ¿alguien irá para hacer la prueba? En cualquier
caso, el brebaje es venenoso. Las personas de perfil romántico afir-
man que es rocío nocturno, recogido durante el plenilunio. Pero
difícilmente tanta gente se habría intoxicado con rocío. Si es que
no se recoge con calcetines de Log, claro.

–Dame una ampolleta –le pidió Lord tendiendo la mano.
Tabaqui frunció el ceño.

–¿Has decidido envenenarte? Será mejor que te hagas con
matarratas. Es más seguro. Y más previsible.

Lord aguardaba sin retirar la mano tendida.

–Está bien, está bien –murmuró Tabaqui, hurgando en sus
bolsillos–. Intoxícate cuanto quieras, ¿a mí qué? Yo estoy a favor
de la libertad de elección.

Entregó a Lord una probeta minúscula y observamos cómo
éste vertía cuidadosamente en ella el contenido de la tacita.

–¿Y tú? –el Chacal se giró hacia mí–. ¿Por qué no dices nada?
Cuéntanos algo interesante. Dicen que en las últimas reuniones
de Faisanes no se habla más que de ti.

Me atraganté y vertí un poco de café en la manga.

–¿Cómo lo sabes? Creía que no os interesabais por nosotros.

–Tu opinión sobre nosotros es francamente rara –dijo Taba-
qui entre risas–. Andamos por ahí como pavos hinchados, sin ver
nada a nuestro alrededor. A veces le arrancamos media cabeza a
alguien sin darnos cuenta tan siquiera y seguimos como si no pa-
sara nada. Llevamos a la espalda «la carga del hombre blanco», y
bajo el brazo el tocho de la ley de la Casa, donde está escrito
«Desvalija al distraído, pisa al caído, escupe en el pozo del que
bebes» y otros consejos igual de útiles.

Eso se acercaba bastante a lo que pensaba de ellos y no pude evitar sonreír.

–Ajá –suspiró Tabaqui–, es justamente eso. No he exagerado. Pero si al menos tuvieras una pizca de tacto, no lo manifestarías tan abiertamente.

–¿Qué es eso de una reunión? –preguntó Lord, lanzándome a través de la mesa un paquete de tabaco–. Yo, por ejemplo, no sé qué es eso.

Tabaqui quedó petrificado de indignación; yo me eché a reír.

–¡Es la gente como tú, la que perjudica nuestra imagen! –gritó el Chacal, arrebatándome el pitillo de la boca–. ¡Por vuestra culpa, nos consideran pavos engreídos! ¡Sólo un perfecto ignorante desconoce las reuniones de los Faisanes! No nos juzgues por Lord –dijo dirigiéndose a mí–. Hace cuatro días que está en la Casa y no se interesa apenas por nada.

–Dos años y noventa días –corrigió Lord–. Pero él sigue considerándome un novato.

Tabaqui se inclinó a través de la mesa y le dio unos golpecitos en el brazo.

–Perdona, amigo mío. Ya sé que esto te duele, pero compara tus dos años con los veinte que llevo yo, y entenderás que tengo razones para llamarte novato.

Lord hizo una mueca, como si le dolieran todos los dientes al mismo tiempo. Eso complació a Tabaqui. Incluso se arreboló de satisfacción. Encendió un cigarrillo y asintió con una sonrisa indulgente de veterano.

–En fin..., así que no hemos descubierto nada nuevo, excepto lo poco que sabe Lord. Tú sigues sin decir nada.

Me encogí de hombros. El café estaba bueno. Tabaqui era divertido; Lord parecía amigable. Me confié y ya no esperaba de ellos ninguna mala jugada. Así que pensé que no pasaría nada grave si les decía la verdad.

–Me han expulsado –confesé–. Unánimemente. Han enviado una petición al Tiburón y él ha accedido. Me transferirán a otro grupo.

Los sedentes de cuarto dejaron sus tacitas sobre la mesa al unísono e intercambiaron miradas.

–¿Adónde irás? –preguntó el Chacal, conteniendo el aliento por la curiosidad.

–No lo sé. El Tiburón no me lo ha dicho. Asegura que aún no lo ha decidido.

–Cerdo –dijo Lord entre dientes–. ¡Es un cerdo y seguirá siendo un cerdo hasta que se muera!

–¡Oye, oye, espera! –Tabaqui frunció el ceño, haciendo un rapidísimo cálculo mental, y nos miró con los ojos como platos–. O con nosotros o al tercero –declaró–. No puede ser de otra manera. –Él y Lord volvieron a intercambiar miradas.

–A mí también me lo parece –dije yo.

Estuvimos un rato callados. El Conejo, al parecer, adoraba los saxos. Sin descanso, a través de la barra, nos llegaban sus lamentos desde el tocadiscos. La corriente de aire hacía oscilar las linternas chinas.

–Así que para eso necesitabas el vía de la luna –farfulló Tabaqui–. Ahora lo entiendo.

–Fuma –dijo Lord compasivo–. ¿Por qué no fumas? Tabaqui, pásale los cigarrillos.

El Chacal me pasó el paquete distraídamente. Sus dedos eran finos como patas de araña y estaban terriblemente sucios.

–Sí –dijo meditabundo–. O es así o es asá. O descubres de qué color son las lágrimas del Buitre o todos veremos sollozar a Larry.

–Según tú, ¿el Buitre llorará? –se sorprendió Lord.

–Por supuesto. ¡Y de qué manera! ¡A lágrima viva! Como la Morsa comiendo ostras.

–Es decir, me comerá a mí –precisé.

–Con pesar –aseguró Tabaqui–. En principio, tiene un corazón vulnerable y tierno.

–Gracias –dije–. Eso me reconforta.

El Chacal no era sordo. Enrojeció y expiró por la nariz, sintiéndose culpable.

–Bueno, quizás haya... exagerado un poquito. Me gusta asustar a la gente. De hecho, no es mal tío. Solamente está un poco ido.

–Gracias otra vez.

–¿Sabes qué?: ¡podemos invitarlo a nuestra mesa! –se le ocurrió de golpe a Tabaqui–. ¿Por qué no? No es tan mala idea. Conocerse mejor, charlar un poco... Le gustará.

Yo me volví inquieto. El Buitre no estaba en la Cafetera. Lo sabía perfectamente; pero por un momento tuve miedo de equivocarme, de que hubiera entrado mientras no miraba, y el Chacal lo invitara a conocerme.

—¿Pero por qué te pones tan nervioso? —me regañó Tabaqui—. Pero si ya te he dicho que es buena gente. Enseguida te acostumbrarás a él. Además, no está aquí. Pensaba llamarlo a través de algún Pájaro —se acercó a la mesa de al lado, donde dos tipos jugaban a las cartas con gesto avinagrado.

—Déjalo, Tabaqui —terció Lord—. Deja en paz al Buitre. Al nuevo, es mucho más probable que lo manden con nosotros; o sea, que si tanto te empeñas, llama al Ciego.

Tabaqui se rascó la cabeza, agarró un panecillo de la bandeja y, dejando caer las migas, lo devoró en un santiamén.

—¡Leches! —dijo con la boca llena—. Estoy tan preocupado... —recogió todos los trocitos que habían caído y también los engulló—. Preocupadísimo. No se sabe cómo reaccionará el Ciego a todo esto.

—Sí se sabe —lo interrumpió Lord—. De ninguna manera. ¿Cuándo ha reaccionado a algo?

—Tienes razón —admitió Tabaqui a su pesar—. Prácticamente nunca. ¿Lo ves? —me hizo un guiño—, nuestro cabecilla (que lo sea por muchos años) es ciego como un topo y tiene problemas de reacción. Normalmente delega todo en Esfinge. «Si eres tan amable, reacciona por mí», dice. De forma que el pobre Esfinge lleva años conduciéndose por dos. No me extrañaría que ésa sea la razón por la que se ha quedado calvo. Es agotador.

—¿Es que no ha sido calvo siempre? —se sorprendió Lord.

Tabaqui lo fulminó con la mirada.

—¿Qué quiere decir «siempre»? ¿Desde que nació? Puede que naciera sin pelo, pero créeme, cuando nos conocimos Esfinge todavía conservaba intacta su cabellera.

Lord dijo que no era capaz de imaginárselo. Tabaqui respondió que Lord siempre había tenido problemas de imaginación.

Finalmente encendí un pitillo. Me hubiera reído de las extravagancias de Tabaqui, pero temí que mi risa sonara histérica y me contuve.

—¡Sí! —recordó Tabaqui de súbito—. Tú eres ahijado de Esfinge; ¡me había olvidado! ¿Lo ves?, todo se pone a tu favor. Como eres ahijado suyo, su reacción será la de una madre. ¿Qué más se puede pedir para ser feliz?

Yo no estaba seguro de que para ser feliz necesitara que ese calvo chivato de Esfinge me hiciera de madre, y así lo expresé.

—Te equivocas. Te equivocas mucho —dijo Tabaqui ofendido—. Esfinge no es mala madre. Créeme.

—Sí. Sobre todo para el Negro —Lord dibujó una sonrisa—. Mira, precisamente, por ahí viene. Puedes llamarlo. Le contará al Fumador lo tierno que es Esfinge como madre.

—No exageres —se irritó el Chacal—. No he dicho que lo sea con cualquiera. Está claro, para el Negro, Esfinge es más bien una madrastra.

—Una madrastra malvada —precisó Lord con voz suave—. Como la de los cuentos alemanes que hacen llorar a los niños por la noche.

Tabaqui hizo ver que no había oído nada.

—¡Eh, eh, estamos aquí! —gritó agitando el brazo—. ¡Hola! Aquí. ¡Eo! Le ha empeorado horrores la vista —exclamó preocupado, y agarró el último panecillo—. Es por culpa de las pesas. Levantar pesas en realidad no hace que su salud mejore. Y sobre todo —engulló el panecillo en dos bocados—, no debería comer tanto. Así que mejor que no tenga demasiadas pastas a su alcance. ¿Verdad, Negro?

El Negro, un muchacho sombrío de cabellera rubia y rizada, se acercó con una silla que cogió de camino, la situó al lado de Lord, se sentó y se quedó mirándome.

—¿Que si es verdad qué?

—Que no debes comer en exceso. Ya estás demasiado gordo.

El Negro no decía nada. En efecto era corpulento, pero seguramente no por comer demasiado. Probablemente, había nacido así. Luego desarrolló la musculatura a base de entrenamiento y su aspecto se hizo aún más impresionante. La camiseta imperio dejaba a la vista sus bíceps, que yo observaba con respeto, mientras él me observaba a mí. Tabaqui le informó de que iban a transferirme, y era probablemente que acabara con ellos,

en cuarto. «A no ser que lo manden al tercero, pero no creo, porque está claro que si pueden elegir, optarán por el lugar donde hay más hueco.»

—¿Y qué? —se limitó a responder el Negro. Sus brazos eran como dos jamones, parecía que sus ojos azules no parpadeaban nunca.

Tabaqui se molestó.

—¿Cómo que «y qué»? ¡Eres el primero al que doy esta noticia sensacional!

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—¡Sorprenderte! ¡Deberías sorprenderte al menos un poquito!

—Estoy sorprendido.

Al levantarse, el Negro golpeó con la cabeza una linterna china y acabó sentándose en una mesa vacía cerca de la nuestra. Allí sacó del bolsillo del chaleco un librito de tapa blanda y, forzando sus ojos miopes, se sumergió en la lectura.

—¡Estamos buenos! —se indignó Tabaqui—. ¡Alguno aquí se quejaba de la capacidad de reacción del Ciego! ¡Pero en comparación con el Negro, el Ciego es todo nervio!

En cuanto a lo de todo nervio, exageraba. Una vez compartí habitación con el Ciego en la enfermería. En tres días no dijo ni una palabra. Apenas se movía, así que gradualmente comencé a considerarlo como una pieza del mobiliario. Debido a su corta estatura y su escasa envergadura, los tejanos bien podían pertenecer a un chico de trece años. Ambas muñecas juntas abultaban como una mía. A su lado me sentía robusto. Entonces yo desconocía de quién se trataba y pensé que simplemente era algo tímido. Ahora, mirando al Negro, pensaba que si alguien del cuarto tenía pinta de ser el cabecilla, ése, sin lugar a dudas, era el Negro, no el Ciego.

—¡Qué extraño! —dije—. No hay quien lo entienda.

—Ajá, y eso te asombra —asintió Tabaqui—. Claro que es raro. Que un armario como el Negro se someta al Ciego. Te refieres a eso: ¡confiésalo! Es tan impresionante. Tiene un aspecto imponente, ¿verdad? A nosotros también nos sorprende. Lo tenemos cerca y cada día sigue asombrándonos que él no sea el líder. El mismo Negro es el más sorprendido. Se levanta temprano, mira a su alrededor y se pregunta: «¿Por qué?» Y así día tras día.

–Cálmate, Tabaqui –dijo Lord con el ceño fruncido–. Basta.

–Me irrita –explicó Tabaqui, apurando su café–. No me gustan los flemáticos.

Yo también apuré mi café y me fumé el segundo pitillo. Seguramente era hora de irse. Pero no me apetecía. Era agradable estar en la Cafetera tranquilamente, fumar sin esconderse, beber café, que en el primero se consideraba como una variedad blanda de arsénico. Únicamente me daba miedo que Tabaqui se pusiera a explicar de nuevo lo de mi traslado. Era mejor despedirse antes de que aquello sucediera. Tabaqui cogió un cuaderno y garabateó algo en él con un bolígrafo que se sacó de detrás de una oreja.

–Claro, claro –farfullaba–. Sin duda..., y eso tampoco lo olvidamos. Faltaría más. Y eso es inadmisibile...

Lord hacía girar el mechero en el borde de la mesa.

–Me parece que va siendo hora de que me vaya –dije.

–Un momento –Tabaqui aún escribió un rato más, luego arrancó la hoja del cuaderno y me la tendió–. Aquí te lo he apuntado todo. Lo básico. Míratelo y grabátelo en la memoria.

Miraba estupefacto aquellos garabatos incomprensibles.

–¿Qué es esto?

–Instrucciones –Tabaqui suspiró–. ¿Y qué es lo que no entiendes? Ahí están escritas las normas de comportamiento para una transferencia. Más arriba, las que deberás observar en el hipotético caso de que te transfieran con nosotros; y abajo, las correspondientes a la opción del tercero.

Leí con más atención.

–Sólo veo flores... relojes. ¿Y qué pinta aquí la ropa de cama? ¿Es que a vosotros no os la proporcionan?

–Sí. Pero es mejor que no dejes ni rastro con tu impronta personal.

–¿Qué impronta? ¿Te crees que me pinto con betún antes de ir a dormir, o algo así?

Tabaqui volvió a lanzarme una mirada de veterano sobrado por sus muchos conocimientos.

–Oye, esto es elemental. Coge todas tus cosas y trasládalas. Lo que no puedas llevarte contigo, destrúyelo. Pero que no quede allí nada tuyo. ¿Y si te mueres mañana? ¿Quieres que atemos un lazo

negro a tu taza y la pongamos a la vista de todos con una inscripción infamante: «Te recordamos, oh, perdido hermano nuestro»?

Sentí un escalofrío.

—De acuerdo. Entendido. ¿Y los relojes?

«Si te transfieren al cuarto, es muy recomendable deshacerse de cualquier tipo de aparato de medida del tiempo: despertadores, cronómetros, segunderos, relojes de pulsera o de cualquier otra clase. El intento de ocultar cualquier objeto de este género será inmediatamente descubierto por un experto; y para conjurar provocaciones ulteriores de este género, el infractor será sometido a un castigo, determinado y confirmado por el propio experto.

»A quien sea transferido al territorio del tercer grupo, también denominado *el Nido*, se le recomienda llevar los siguientes objetos: un juego de llaves (es indiferente de qué clase), dos macetas con flores en buen estado; al menos cuatro pares de calcetines negros, un amuleto protector antialérgico, tapones para los oídos, el libro de John Wyndham *El día de los trífidos*, su herbario particular.

»Al transferido, independientemente del lugar de destino, se le recomienda no dejar en la sección abandonada indumentaria, ropa de cama, objetos domésticos, elementos creados por el propio transferido, así como componentes orgánicos: pelo, uñas, saliva, esperma, vendas, esparadrapos o pañuelos usados.»

Esa noche no pude conciliar el sueño. Escuchaba la respiración de los que dormían y miraba el techo oscuro, hasta que se aclaró y afloraron sus familiares grietas. Pensaba entonces que tal vez las estaba viendo por última vez, y que no volvería a contarlas nunca más. El disco del gran reloj de pared también se hizo visible, pero no quería mirarlo. Fue la noche más desesperante de todas las que había pasado en la Casa. Cuando sonó el toque de diana, yo ya estaba casi vestido. Los preparativos me llevaron diez minutos. Metí en la bolsa una sábana de repuesto, el pijama y los libros escolares, intentando abandonar toda la ropa sobre la que figuraba mi número. El Tiburón, como yo ya esperaba, no llegó a la hora prevista. El grupo salió a desayunar sin mí. Regresaron y se fue-

ron a clase, y él aún no había aparecido. Ni a las diez, ni a las once, ni a las doce...

A las doce y media ya no me quedaban uñas que comer, había recorrido la habitación arriba y abajo unas doscientas veces, y creí que estaba a punto de volverme loco. Cogí de nuevo las *Instrucciones para el traslado*, las releí y arranqué la sábana de la cama. Después de meterla en la bolsa, recogí todas las toallas que encontré esparcidas por la habitación. Detuve el reloj y lo escondí en el fondo de mi bolsa. Saqué los cigarrillos del escondite, me encendí uno y me entretuve en planificar cómo construir un herbario con los medios que tenía a mi disposición. Por fin, apareció el Tiburón. Con el hosco Cajón como ajobero y con Homero como acompañante. Este último estaba conmocionado por el cigarrillo encendido. Al verlo salió huyendo casi de inmediato. Apenas se despidió. El Tiburón ignoró el pitillo, en cambio, preguntó por qué demonios había deshecho la cama.

—Las sábanas están recién puestas—dije—. Las cambiaron ayer. ¿Por qué ensuciar otro juego?

Me miró como si fuera un necio y gruñó entre dientes algo sobre los hábitos de los Faisanes, sin mencionar que el día anterior la sola mención de la palabra casi me cuesta la vida. Le insinué que dejaría la ropa de cama si tanto le incomodaba; él me hizo cerrar la boca.

El Cajón empujaba mi silla, topaba con las camas y, finalmente, salió al pasillo, donde me transfirió al Tiburón. Él regresó a por la bolsa. El Tiburón impulsaba la silla y el Cajón transportaba la bolsa. Homero no aparecía. Dejamos rápidamente atrás el territorio conocido y por más que volvía la cabeza, nada era reconocible, como si durante la noche hubieran cambiado los murales y borrado los puntos de referencia. Me salté el segundo y la Cafetera, pero sólo caí en la cuenta de donde estaba cuando nos detuvimos delante de una puerta con un número cuatro enorme pintado con tiza en el centro.